

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península UNA PESETA al mes.—Extranjero, tres me-
ses 7'50 PESETAS.

Comunicados á precios convencionales

Redacción y talleres: S. Lorenzo, 78.

MARTES 30 DE OCTUBRE DE 1900

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En cuarta plana. 00'05 pesetas línea
En segunda y tercera. 00'10 id. id.
En primera. 00'20 id. id.

Administración: Saavedra Fajardo, 15

EL DISCURSO DE PARAISO

Discurso elocuente, oración hermosa, hilación fácil y giros rotundos, su última reciente arenga en Cádiz, la ciudad gloriosamente histórica, ha sido la revelación dichosa de un nuevo orador, que lucha con las armas brillantes de la elocuencia, no el triunfo resonante de prestigioso apóstol, que deslumbraba con la verdad y persuade con la razón y vence sobre las almas por el imperio incontrastable del bien.

Lo hemos leído todo él atentamente, posando la interna mirada del pensamiento sobre cada palabra, haciendo reflexión detenida sobre cada frase, parando mientes en la arquitectónica sencillez de su inestable lógica, y nada hemos sacado de verdadera substancia como clara deducción final; nada nuevo, nada original, nada profundo, que alumbrase como con vivos arborescencia esta caótica confusión de nuestro presente estado nacional, ni que esclareciera con soluciones concretas, definidas y salvadoras, los abstrusos problemas de nuestro pavoroso porvenir económico.

Han sido los propios arranques de un ardoroso patriotismo, los mismos vibrantes cánticos á la ansiada regeneración; los programas redentores que labrarán la dicha completa de este desgraciado país, trayendo sobre cada contribuyente los incomparables beneficios de una nueva Jauja, las imprecaciones fuertes que encienden la sangre de los patriotas generosos y juntan las manos para que estalle estruendosamente el aplauso entusiástico, los lirismos apasionados y calientes que tan lozanos se engendran bajo la influencia de este clima tropical, y más aspirando el éter espléndido de los campos gaditanos, donde el sol reverbera en viñas oleadas de lumbre, sobre aquél incomparable mar, que parece brindar al espíritu inmensos espacios, hacia otros más apartados continentes.

Don Basilio Paraiso se ha expresado, sí, elocuentemente, con las simpáticas gallardías de un patriota ardoroso, con la ingenuidad plausible de la honradez convencida, inspirado en el alto principio de justicia universal, que regenera la vida interior de los pueblos y salva del desastre fatal á las naciones. Ha promulgado buenos principios de moral administrativa, de gobernación pública, recta y sana, ha proclamado la justa equidad de los tributos, la necesidad imperiosa de un nuevo rumbo de la nave española, tan avariada, tan pobre, tan sin orientación segura hacia la salvadora estrella polar: pero diciendo tanta cosa aceptable, nada en absoluto nos ofreció como pasto nuevo á la inteligencia hambrienta, ni como idea directriz á la multitud ansiosa, ni como resorte moral, firme y robusto, á la voluntad paralizada, la cual aguarda todavía la voz omnipotente del Lázaro evangélico, que le diga *Levántate y anda*.

Paraiso ha hecho un hermoso discurso de propaganda, de mera y sencilla propaganda, falta de conceptos categóricos, de ideas concisas, de fecundos planes realizables, de algo provechoso que pueda encajarse sensiblemente en los complejos moldes de la vida pública, para tener su realización eficaz en el cuerpo intangible de las leyes, siendo circulación recíproca de derechos entre las varias entidades jurídicas de una nacionalidad.

No, el Sr. Paraiso, comerciante ducho y experto, hombre capaz, de entendimiento claro, siente una ilusión baldía, una aspiración irrealizable, una dislocada quimera imposible. Su sueño es sueño hermoso, poblado de galana fantasía, mas los sueños, sueños son, disipados al primer sereno albor de la razón soberana y deslumbrante. El Sr. Paraiso, es contribuyente harto de tanto vejámen, es orador que pide con voz clamorosa y justiciera, es patriota digno; pero ni es

cerebro para dirigir, ni caudillo para vencer, ni menos estadista para gobernar. Su gran equivocación tiene, á la verdad, noble disculpa, porque quien no delinque con voluntad de causar mal, no delinque, ni su pecado es justificable, y claro es, ni penable tampoco. Los redentores nacen ya á la vida con predestinación divina: hablan, y convencen, confiesan, y la muchedumbre crece, lanzan la nueva doctrina á los vientos y se esparce como prolífica semilla, fecundando por la conversión las almas. Y el Sr. Paraiso, ni ofrece doctrina completa, ni da soluciones prácticas, ni aún ha conquistado los plenos prestigios del verdadero apóstol.

Huye de la *malitia* política, como de fantasma fatídico que mata toda honrada pasión y seca toda iniciativa virgen; y como sintiéndose atraído—bien á su pesar—por la boca espantosa del monstruo, ya invita arduosamente á la lucha legal y ruda en los comicios, conquistando las maldecidas actas, para ascender desde la labor progresiva del trabajo que educa al hombre con hábito fecundo, hasta los escaños rojos de la aristocrática Representación nacional. Hay que prepararse valientemente á la lucha tremenda, de fendiendo con denodada heroicidad los puestos públicos, elevando los votos de los entusiasmados electores á consagrar solemnemente en la urna su democrático y novísimo derecho, alistando las fuerzas y disponiéndolas al brutal zafarrancho de un artificioso combate de comedia bufonesca, de habilidad sabia y de voluntades hechas, á la triste parodia del sufragio. La Unión Nacional desnaturaliza completamente sus fundamentales fines primarios, malgasta sus indudables prestigios y esteriliza sus fuerzas radicales. ¿Luego no se requería, para la buena obra de la suspirada regeneración de España, de hombres políticos experimentados é ilustres? ¿Luego la política, era un arte mala que enredaba las voluntades sanas y envenenaba las conciencias, sembrando la desolación en nuestro exhausto Erario? ¿Luego el augusto santuario de las leyes, donde se funde soberanamente el interés público, en el crisol del derecho y al calor creador de la justicia, estaba algo inficionado y corrompido por deletéreas corrientes malsanas, que agostaban los gémenes del florecimiento nacional?

¡Ah! ya se convence, por ley inflexible de la razón, el Sr. Paraiso. Los políticos son para la sabia gobernación del Estado, los tribunos para las luchas candentes del Parlamento, los comerciantes para el cambio recíproco de productos entre los hombres, los industriales para la fábrica productora ó el taller, los agricultores para fecundizar los surcos de la tierra con gotas de sudor y regueros de semillas y amorosa labor de trabajo. Quiere ascender él solo, como campeón indiscutible y único, motejando á los grandes ilustres de «políticos fraocados», para privarlos del áurea popular y cargar él sólo con el honroso botín de la victoria.

Los grandes siempre son grandes: los prestigiosos siempre son prestigiosos; y no hay ave en la región de los aires, capaz de emular al águila caudal, que se oierne sobre las más altas cimas y aletea sobre las tempestades y vaga sobre el volcán y mira de frente al sol, porque Dios puso en el águila retina de diamante, alas de acero, la grandeza de ser excepcional en el espacio libre.

Remontémonos siempre á prudente altura; porque despeñarse desde la cumbre al abismo, sintiendo la delirante emoción del vértigo, es la desgracia mortal de los imprudentes, de los pequeños: es el triste acabar de todos los débiles.

DE MADRID Á MURCIA

Preocupaciones del gobierno

Dos asuntos preocupan grandemente al gobierno, el levantamiento carlista y el viaje del Sr. Romero Robledo á la Coruña.

La cuestión carlista, si bien ha sido la nota del día, no ha revestido los caracteres de alarma que en el primer momento se temían: parece ser que ha sido un manejo bursátil hábilmente preparado.

La noticia del levantamiento carlista ha inquietado á ciertas personalidades que se van convenciendo que este gobierno es una provocación continua á la tranquilidad del país.

Lo cierto es que no hay humo sin fuego, y cuando se sabe que existe combustible almacenado, una chispa no es accidente que debe pasar inadvertido.

Las maquinaciones del gobierno en desvirtuar por todos los medios posibles el entusiasmo que produce á los coruñeses la visita del Sr. Romero Robledo han fracasado.

Los vítores y las aclamaciones que en todo el viaje ha recibido el exministro conservador han sido infinitas.

A pesar de todas las órdenes reservadas que el gobierno tiene dadas á las autoridades, á pesar de los esfuerzos de los ministeriales para restar brillantez al acto, el recibimiento hecho al Sr. Romero Robledo ha resultado imponente y de gran trascendencia.

Imposible de describir la entrada del expreso en la estación de la Coruña.

Los andenes, los muelles y los alrededores de la estación hallábanse invadidos por el público.

Cuando el tren detuvo su marcha resonó un aplauso ensordecedor al que sucedieron vivas y aclamaciones inacabables. Muchas personas se abalanzaron hacia el coche ocupado por el ilustre demócrata con objeto de saludarle.

Al descender del carruaje el Sr. Romero, un inmenso clamoreo acogió su presencia.

Muchos le abrazaron entusiasmado. Era tal la aglomeración de gente, que el dar un paso era punto menos que imposible.

Al salir de la estación, las manifestaciones de entusiasmo se repitieron con más intensidad.

Comisiones de la Cámara de Comercio de la Coruña, del Círculo Pericial, de casi todos los partidos y sociedades visitaron al Sr. Romero Robledo, que conversó con ellos afablemente.

Después guardó cama, á causa de un ligero enfriamiento.

El miércoles se celebrará el banquete de cien cubiertos en el que pronunciará su anunciado discurso.

29 Octubre 1900.

ESPINGE

*Brota á miles de golpes la escultura,
á millares de notas la armonía,
á millares de letras a poesía
y á millares de toques la pintura.
Si no se rinde el pecho á la amargura,
vence por fin la ansiosa fantasía,
y el triunfo que imposible parecía
á fuerza de constancia se asegura.
Porque se abra en mi pasión ardiente,
ante sus pies lo mismo que un creyente,
mil millares de veces he gemido,
Cansada está de suplicar mi boca,
¡y aún tiene intacto el corazón de roca,
como el mármol espléndido y bruñido!*
Salvador Rueda.

JUEGOS FLORALES DE ALMERIA

Discurso del Mantenedor Sr. López Muñoz.

(CONTINUACIÓN)

Claro está, yo no entiendo por poesía el mero artificio de la expresión rimada, ni la contraigo á la bella manifestación escrita de la idea ó del afecto. Entiendo por poesía todo aquel sentido superior de la vida que se rige por el onto de amor al ideal. Y en ese concepto, que es el sustancialmente adecuado, entiendo que hay poesía en el hogar constitu-

do por el matrimonio, cuando por encima de todo interés y de todo goce sensible se mantiene la recíproca estimación que dignifica las almas y en que se funda la dicha verdadera; entiendo que hay poesía en la amistad, cuando se tiene á gala excederse en el sacrificio; entiendo que hay poesía en la caridad, cuando en silencio se hace llegar el socorro al enemigo desvalido; entiendo que hay poesía en el combate, cuando no se olvida jamás la ley del caballero; entiendo que hay poesía en la enseñanza, cuando la verdad se hace surgir en el que aprende por el esfuerzo de su propia inteligencia; entiendo que hay poesía en la Religión, cuando la fé que se inspira es obra del ejemplo; entiendo que hay poesía en los hombres y en los partidos políticos, cuando á todo se entepone la idea del Derecho y la consideración de la Patria; entiendo que hay poesía en la vida nacional, cuando se mira hacia adelante y hacia arriba. Y por eso, al ver tantas cabezas abatidas ó por el desaliento ó por la culpa, tantos ojos mirando hacia el suelo, tantas manos inhábiles para el trabajo, tanto corazón entregado al pesimismo, digo que es poesía lo que al presente falta en la nación española y que es obra de redención sacudir su espíritu y llamarlo hacia lo alto, para que resurja la España del ideal, que barra, como el viento las hojas secas, estos tristes recuerdos de costumbres extrañas, estos positivismo de ocasión y de fuerza, tan mal avenidos con nuestra complejión histórica y que han caído como la herrumbre sobre el limpio esodo de nuestros blasones.

Y no quiero esto decir—fuera locura pensarlo—que la vida de España haya de consumirse en una estéril contemplación del ideal. No, lo que quiere decir es que en el ejercicio de todas nuestras actividades, sea cual fuere el círculo en que se muevan y el objeto á que se apliquen, y sin que dejen de entrar por mucho, por todo lo que sea necesario y en la medida en que las naturales exigencias lo reclamen, cuanto se refiere al orden material y á la prosperidad económica, pensemos que la marca providencial de nuestra complejión como pueblo es imborrable, pensemos que el carácter de cada nación ha de perdurar en sus notas originales, aunque se imponga su adaptación á los tiempos. Y por lo mismo que nuestra adaptación á las corrientes prácticas de la vida moderna exige algo así como un desdoblamiento del carácter ideal que siempre y con honor hemos mantenido, importa fijar ahora más que nunca el eje de esa nuestra personalidad, por la que hemos sido en el mundo y por la que hemos de ser con la ayuda de Dios, dignos continuadores de nuestra propia meritísima labor en la Historia.

(Se continuará)

BATURRILLO

Gaudemus omnes in Domino...
Sí, alegrémonos todos.
Ya hay pánico diario en la Bolsa.
Ya no hay ministros de Marina... ni marinas, con ó sin ministros.
Ya los cambios suben basta hacer imposible el comercio.
¡Ya hay partidas carlistas!...
Sí, alegrémonos de tanta desdicha.
Porque este es el principio del fin.
Y como hasta el fin nadie es dichoso, creemos que al llegar la nación á ese punto, habrá también llegado el tiempo de su redención.
Ya sólo esperamos que venga el *Hom-bre*.

Las autoridades de la Coruña, con un *trop de zèle* esquisitamente ministerial, han mandado quitar el follage y las luminarias que adornaban las calles de aquella capital, para festejar la entrada del Sr. Romero Robledo.

Y sin embargo, aunque parezca una paradoja, las autoridades de la Coruña han resultado perfectamente romeristas.

Porque, más que las luminarias, serenas y follages, lo nota principal en honor del Sr. Romero Robledo ha sido, sin

duda alguna, aquella mal aconsejada prohibición.

Siempre ha sido el miedo el peor de los consejeros.

Al final del Siglo XIX, la polifía urbana se halla en esta siete veces coronada ciudad, casi, casi como al final del pasado siglo.

Hay calles, muchísimas calles en peor estado que el más malo de nuestros caminos vecinales (¡y cuidado, que están malos también!): el barrizal formado en ellas por las últimas lluvias, es seguro que alcanzará á las lluvias venideras, por mucho que estas se hagan esperar.

Y si á esto se añade la *luz tenebrosa* que esparcen los menguados mecheros del mal llamado *gas del alumbrado*, se comprenderán los peligros á que se expone el buen murciano que tenga necesidad de transitar, después del anochecer, por las calles de esta ciudad en el año de gracias de 1900.

Sr. D. Diego, ¿está Vd. ya tranquilo? ¿Es hora ya de que dedique Vd. su tiempo y sus energías á arreglar algun tanto esta desurbanización, dejándose de politiqueros que tan caros le han salido?

Usted ganará más y la ciudad también.

Patricio.



Jorge II de Inglaterra

Jorge Augusto, desde 1706 duque de Cambridge y desde 1714 príncipe de Gales, heredó de su padre el trono de Inglaterra en 10 de Junio de 1717, figurando en el cuadro cronológico de los reyes británicos como el II de su nombre.

Su reinado fué próspero, aunque él carecía en absoluto de las buenas dotes que deben adornar á todo monarca, contando entre las diversas faltas de que adolecía, la de ser excesivamente ambicioso y la de vivir siempre enfatuado por la etiqueta alemana, pues como buen hannoveriano, (había nacido en Hannover el año de 1683 y era hijo de Jorge de Brunswick, elector de aquel Estado, y más tarde rey de Inglaterra por ser biznieto de Jacobo I y haber muerto la reina Ana sin sucesión) cuidaba más del fausto y del ceremonial de su corte que del buen gobierno de sus súbditos.

Al poco tiempo de haber coñido á sus sienes la corona británica, hizo entrega, cediendo á gestiones de su esposa, la reina Carolina, del gobierno de la Nación á Roberto Walpole, quien se sostuvo en el poder durante quince años dando suelta á su codicia, que le condujo á cometer todo género de corrupciones, á lo cual le ayudaba la mayoría parlamentaria que según su misma frase, tenía en su bolsa.

En 1739, cediendo á exigencias de la opinión, y más que á las de esta á las de poderosos negociantes que pretendían grandes lueros á costa de España y sus colonias de América, rompió sus relaciones amistosas con Felipe V; pero la pérdida de 20.000 soldados y 403 bajeles, amon de unos cuantos millones de libras esterlinas gastadas en la campaña sin ningún resultado práctico, refronó las ambiciones británicas y puso término á la guerra, mayor dicho, abrió un paréntesis en esta, pues al estallar la guerra de la Sucesión en Austria, por muerte del emperador Carlos VI aquella volvió á entrar en un período de actividad.

Jorge II, fiel á los intereses hannoverianos, se puso al lado de Maria Teresa, con Holanda y Rusia.

La guerra llamada de los siete años, amargó los últimos días de Jorge II.—falleció en 30 de Octubre de 1760—pero también le proporcionó grandes satisfacciones, gracias al génio político y orga-

